

COMENTANDO

La dilatoria servirá solamente para compli- car más aún el problema ferroviario

Dicen los periódicos que el Gobierno tiene el proyecto de nombrar una Comisión bastante numerosa y formada por representantes de los organismos a quienes afecta el problema ferroviario para estudiarlo y resolverlo. Con haber escrito la palabra Comisión, la más fatídica de cuantas comprende el Diccionario de la Lengua, ya hay bastante para quedar hecha la crítica del proyecto. ¿Una Comisión!

De cuántos males aquejan a España en todos los órdenes, desde el parlamentario hasta el municipal, ninguno tan grave como el de la «comisionitis crónica». En cuanto es nombrada una Comisión, ya se sabe cuál será el resultado: no hacer nada, y si algo es hecho, seguramente es malo. Cada uno de los comisionados tiene su criterio, por regla general subordinado a egotismos o apasionamientos, y siempre sucede lo mismo: o se tiran los trastos a la cabeza o adoptan una fórmula de concordia que jamás sirve para otra cosa que para complicar más y más los problemas.

En cuanto una autoridad, sea de la categoría que sea, no se atreve a aceptar la responsabilidad de una disposición, recurre a ese desacreditado procedimiento. La práctica demuestra la inutilidad de las comisiones, y lo poco bueno realizado en España ha sido hecho por hombres que supieron aceptar íntegra la responsabilidad de sus actos, prescindiendo en absoluto de juntas y de comisiones.

En el Municipio madrileño tenemos un ejemplo bien notorio de la inutilidad de las comisiones y de la bondad del mando único. Lo único bueno que tiene el Municipio es el servicio de jardinería, y si lo tiene, es por estar encomendado a un hombre que hace lo que le da la gana con la plenitud de su responsabilidad. Si a Cecilio Rodríguez se le adscribiera una Comisión asesora... ¡no habría jardines! Cada cual tendría un criterio, y a diario discutirían si se debían poner unas flores u otras para acabar tirándose los trastos a la cabeza.

No son comisiones lo que hace falta, sino hombres capacitados que conozcan los asuntos encomendados a su gestión. Con un Cecilio Rodríguez en cada delegación municipal, todas andarían bien. Y con un Cecilio Rodríguez en cada Ministerio, andarían bien todos ellos sin necesidad de comisiones asesoras.

Cualquiera diría que el problema ferroviario es una novedad. Lo ha tenido planteado el Mundo entero, y acerca de él han sido escritos centenares de tomos por las autoridades mundiales en la materia. Cuantos están obligados por su profesión a leer a diario lo que se publica en el Extranjero, saben de sobra que es imposible improvisar en esa materia, y no ignoran que el problema está concebido en términos muy concretos; o reversión al Estado o aumentos de tarifas bajo la inspección de la Administración Pública. Acerca de las ventajas y de los inconvenientes de los dos sistemas se ha dicho cuanto podía ser dicho, y el Mundo entero se ha decidido por el aumento de tarifas (hasta para los ferrocarriles del Estado).

Podría haber dudas si los ferrocarriles administrados por el Estado no hubiesen necesitado el aumento de las tarifas; pero la rara casualidad de que esos ferrocarriles han sido los que estaban en peores condiciones y por lo tanto los más necesitados del auxilio en forma de aumento en sus tarifas. Es decir que la reversión al Estado no sirvió para otra cosa que para complicar más su problema y los ciudadanos han visto elevar las tarifas lo mismo en unos ferrocarriles que en otros. Todos los países, lo mismo beligerantes que neutrales, europeos que americanos, con moneda depreciada que con moneda sana, grandes y chicos, han resuelto el problema con una sola fórmula. Hasta Bélgica, que es la maestra en asuntos ferroviarios, ha empleado la elevación de tarifas sin apenas discutirla, y en todo el Mundo ha sido aplicada la elevación a los ferrocarriles del Estado, demostrando con eso que se trata de un problema genérico, igual para todos los ferrocarriles, lo mismo administrados por empresas particulares que por el Estado.

Desconocen el problema quienes dicen que es distinto para cada una de las Compañías. Es igual, exacto. Podrá variar en la cuantía del auxilio; pero en la esencia es igual. Y como es igual, a la Administración incumbe hacer que el auxilio no exceda nunca de la cuantía debida. Todo

el Mundo lo reguló con una fórmula genérica: de un lado las necesidades; de otro el auxilio. Y si el auxilio excede de las necesidades, el Estado percibe el exceso. Es todo esto tan sencillo que basta una simple suma para ejercer la fiscalización. Un ejemplo lo demuestra.

Supongamos que dos empresas necesitan: Para personal..... 4, Para dividendos..... 2, Para anualidad de mejoras..... 4, Total..... 10

Supongamos también que una de las empresas recauda por aumentos 18 y otra 12. Es claro que el Estado percibirá de la una 8 y de la otra 2.

Aún podemos suponer que una recaude

más de lo necesario y otra menos. Calculemos 15 y 9. En ese caso, el Estado tomará 5 de la una y dará 1 a la otra guardándose sólo 4. Y deberá hacer eso por tratarse no de que los ferrocarriles continúen como hasta ahora, sino de que vivan en progresivo desarrollo para bien de la nación. Cuanto más eficaz sea el auxilio antes se normalizarán los servicios, y por lo tanto, antes podrá volverse a la normalidad de las tarifas.

No perdamos el tiempo. Todo eso de nombrar comisiones no servirá para otra cosa que para complicar el problema, pues cada uno de los comisionados llevará su criterio personal que le hará ver uno de los aspectos del problema y no su conjunto.

Lo primero que hace falta para gobernar es tener plena conciencia de la responsabilidad, y el procedimiento de las comisiones no sirve para otra cosa que para diluirla impidiendo hacerla efectiva. El éxito o el fracaso deben ser individuales y no colectivos, y quien no sea capaz de aceptar la responsabilidad individual, no debe ser ministro.

JUAN DE ARAGON

LA ESPAÑA DE HOY PROLETARIADO

Esto que he visto el Primero de Mayo no lo veré nunca más en el Mundo, porque lo vi con ojos que no eran los míos. Y fué que al dispersarse la manifestación obrera de Bilbao me crucé con un grupo de hombres que llevaban al cuello pañuelos de seda rojos, y en el ojal un clavel rojo, y vestían trajes azul oscuro, de buen paño, mejor que el de mi traje. Leía yo su manifiesto en el periódico socialista local: «Nosotros no arriaremos nuestra bandera rebelde por muchas que sean las mejoras que arranquemos a la burguesía.» «No somos los vencidos que imploran, sino los vencedores que exigen.» Volví a mirarlos los trajes y a compararlos con el mío. Me vino a la memoria el recuerdo del primer Primero de Mayo, que se celebró precisamente hace treinta años. «Mucho camino habéis andado», se me ocurrió balbuciar, «no sin complacencia; pero pensad en los barrios donde viven las familias obreras hacianadas, dos o tres o cuatro familias por habitación. «Aún os falta camino que andar», me dije entonces, porque se me vino a la memoria el recuerdo de las «barriadas de Inglaterra, donde cada familia obrera vive en su casa aparte, con su poquito de huerta y de jardín. «Yo os daré la casa», me dije en voz baja; sólo que me acordé de que la casa no sería bastante, porque lo que de justicia tocaba al obrero era también la participación en el gobierno de la industria. «Yo te daré tu puesto en el Consejo de administración», añadí.

«¿Y quién eres tú», me preguntó el obrero; pero cuando me volví para mirar al que me interpelaba no le veía ya con estos ojos míos, sino que me asomaba para verme a todos los ojos que ha habido en el Mundo, a los del Guadiana y al del buen cubero, a los del primer Faraón y a los del toro de Semiramis, y de pronto sentí que me enturbiaba en los ojos cansados de un anciano, que resultó ser un afamado mandarín de la China, que contemplaba el Mundo detrás de unas espesas antiparras, donde brilló un momento el color rojo del pañuelo y del clavel. Las espaldas del mandarín se doblaban al peso de los años, su tez era tan pálida como la de la muerte, y sus largos dedos remataban en estuches más largos que los dedos, donde se conservaban diez uñas, tan antiguas como el más viejo de los elefantes de Ceylán.

«Yo soy aquel—respondió el mandarín—que te hizo levantar la torre de Babel. Dicen que yo la levanté, pero no es cierto. Con estas uñas no se puede manejar la materia. Cayóse la torre, y los niños se burlan de la caída, diciendo que la compondrán con cáscaras de huevo. Yo soy aquel que te hizo construir el Imperio Romano, porque, aunque dicen que yo lo hice, con estas uñas no es cosa fácil esgrimir la espada. Roma se deshizo. Yo soy aquel que te enseñó a gobernar los elementos, y que con la civilización y la cultura te hizo construir los Imperios del día. Alemania era mi hija mayor. Dicen que está muy enferma, y que tú eres su enfermedad. Yo soy aquel que juntó los trabajadores en la fábrica, y que por el hecho de juntarlos les enseñé que la unión es la fuerza. Me cuentan que también a mí me odian, y que el día en que consigas dominar a tus amos, te volverás en contra mía y me obligarás a trabajar exclusivamente para ti. Ten cuidado, porque yo no nací para servir a criatura humana, y porque sin mí no hay sino barbarie, y la barbarie es miseria e impotencia.»

El hombre del pañuelo rojo estuvo un rato forcejeando por hablar, porque sin mí permiso no le llegaban las palabras a la

boca; pero cuando el espíritu le tocó la lengua, gritó colérico:

«¡Monstruo sin sangre y sin pulmones! Me buscas porque sabes que soy el poder venidero. Siempre te las arreglaste para que la fuerza te sirviera de albañil para tu obra. Lo mismo te dan los patronos que los mercaderes, los capitanes que los sacerdotes, los senados que los monarcas, porque tú no guardas fidelidad a nadie. Donde se apunte la fuerza, allí vas tú. Y harto sé que sin ti nada se construye; pero tú mismo reconoces, arquitecto de iniquidades, que todo cuanto se alce bajo tu sola inspiración se viene abajo, por lo que he decidido que el día de mi triunfo sea yo el amo y tú el criado, porque me has de servir o te estrangulo.»

Alzó amenazador el brazo musculoso. Se rió el mandarín con risa que era cartel de desafío. Y cuando el hombre del pañuelo rojo iba a descargar el brazo, una visión que se iba acercando paralizó su movimiento. Era la visión de dos mujeres, una vestida de blanco, y otra de azul, que evidentemente eran hermanas, por lo mucho que se parecían, salvo que la cara de cho que se parecían, salvo que la cara de la de azul era impasible, como de quien nunca había reído ni llorado, y la faz de la de blanco pasaba instantáneamente de la sonrisa a la melancolía, como si en ella se reflejase cada una de las infinitas cosas que no cesaba de mirar. Al advertir que los dos hombres estaban disputando, la de azul se detuvo, cruzándose de brazos, en tanto que la de blanco se adelantó, e imaginándose que el mandarín, por ser más viejo, sería el más necesitado, le miró con mirada tan profunda, que el anciano sintió que le temblaban los bigotes caídos, como si quisieran levantarse, mientras el hombre del pañuelo rojo contemplaba hechizado a las dos mujeres, y el pecho se le hinchaba de no saber cuál era la más bella, porque una era el Amor y la otra la Justicia. Y dijo al mandarín:

«Ya sé, porque soy viejo, que las cosas se caen cuando estas chicas no tocan con sus dedos piedras y ladrillos; pero mira...»

Surgió del pavimento una jaula de monos, e instantáneamente se metieron en ella el Amor y la Justicia. Eran unos micos muy dulces, que se pasaban todo el día besuqueándose unos a otros y repartiéndose equitativamente sus cacahuetes. Pero tosan todo el tiempo los infelices, y el médico decía que no podrían durar mucho.

«Se morirán antes de su día, porque son débiles y pequeños», exclamó el hombre del pañuelo rojo.

«Pero hubiera querido tragarse las palabras, porque vio que en la otra punta de la jaula había un mono gigantesco, que era un gorila, y estaba inmóvil, porque después de haberse pasado veinte años en la jaula matándose las pulgas, ahora dejaba que las pulgas se lo fueran comiendo.»

«¿Y quién es ese bicho?», preguntó horrorizado el del pañuelo rojo.

«Un abuelo tuyo—contestó el mandarín—. Se llamaba Atlante, y solía llevar el Mundo a cuestas; pero era tan torpe, que le retiré la protección.» El hombre del pañuelo rojo se subió a un tranvía y se sentó en primera.

RAMIRO DE MAEZTU

Rogamos a todos los señores suscriptores que cuando nos avisen el cambio de residencia digan con claridad, no sólo el punto a donde se trasladan, sino las señas donde últimamente recibían el periódico, para facilitar el servicio.

DESPUES DEL PRIMERO DE MAYO

NO HUELE A REVOLUCION

(De nuestro redactor en París)

Algunos fanáticos y algunos vividores se obstinan en desprestigiar el 1.º de Mayo. Es completamente pueril la idea de iniciar un movimiento revolucionario a fecha fija y como quien celebra un «meeting» o una manifestación. Guerra avisada no mata soldado... Hace doce meses, en un tristísimo día de lluvia, hubo, desde la estación del Este a la plaza de la República, un poco de jaleo entre los guardias y los manifestantes. Y los periódicos rojos achacaron a M. Clemenceau la muerte de tres inconscientes o de tres inocentes. Ayer, en un limpio día de sol, y en los mismos lugares de París, hubo trifulca entre agentes de Seguridad y mozalbetes o individuos equívocos. Y los periódicos soviéticos le achacan dos muertos al bondadoso Millerand. Hace un año, con lluvia, y ayer, con sol, el resultado ha sido el mismo: convertir el 1.º de Mayo, el día de la Fiesta del Trabajo, que debiera ser un día noblemente alegre, un día de esperanza y de reflexión, en algo confuso y estéril, que deja en los espíritus verdaderamente humanitarios rastros de melancolía y pesimismo.

Vengan cuando deban venir las revoluciones. No las evitaremos diciendo que no estallarán nunca, ni las haremos estallar propalando que son inminentes. Las revoluciones para estallar necesitan, ante todo, ser necesarias. Los hombres no recurren al homicidio político sino cuando se han agotado los demás medios de poder vivir sin destrozarse. Las revoluciones no deben asustarnos ni sorprendernos, porque son fenómenos naturales de la evolución de los pueblos. Lo que aconseja la experiencia es esperar la hora de las revoluciones y no olvidar nunca que una teoría o una utopía social se descomponen o desvirtúan según la idiosincrasia del pueblo en que quieren ensayarse.

Esto es lo que olvidan los extremistas franceses. El individualismo está en la masa de la sangre de este país. Yo no creo que exista individuo más individualista que el francés, más amigo de la libertad individual, de la propiedad individual, de la patria individual. El francés es patriota y doméstico. Le gusta vivir bien. Y para vivir bien trabaja y ahorra afanosamente y, cuando hace falta, muere con un heroísmo incomparable, risueño y natural.

Este individualismo de la raza francesa

lo desconocen, lo niegan los teorizantes y laborantes del bolchevismo en Francia. Ese individualismo es un hecho, una realidad, y si, al extremarse, puede dar motivo a una revolución, basta con que se equilibre y se pondere para impedirlo, lo que viene a ser lo mismo, para realizarla pacíficamente, según las pautas de la democracia. Un Estado comunista no me parece viable en Francia. Falta la materia prima, la sustancia espiritual que pudiera sostenerlo: el sentimiento comunista que predomina, en cambio, en el alma eslava. No creo que haya modo de eslavizar a Francia.

Los ciudadanos que representan la clase media están frente al proletariado y lo combaten cada vez que se propone detener la vida nacional. Las huelgas fracasan, los conatos de revolución son efímeros y estériles. Y no es que la clase media esté contenta—no puede estarlo—; es que no hay una verdadera necesidad revolucionaria en Francia; es que no falta pan; es que precisamente los trabajadores—de cuyo núcleo salen los apóstoles y agentes de la revolución—viven infinitamente mejor que los burgueses de la clase media; es que los campos son hostiles a cuanto signifique reparto de la tierra: es que sólo las fábricas, los talleres y las minas producen ese tipo del comunista barbusiano, que ha hecho de Lenin un redentor. Ese tipo no es autóctono, sino extranjero. No procede de la Revolución Francesa, sino de Marx y de Tolstói; es internacional, si se quiere; pero no francés. ¿Podrá ese tipo generalizarse, multiplicarse, imponerse? No lo creo.

Pero en esto de revoluciones nadie sabe nada, nadie puede decir nada que no sea perfectamente arbitrario y conjetural. De todas suertes, hasta ahora las tentativas revolucionarias no cuajan en Francia. Y si unos legisladores avisados y audaces tomasen del socialismo, en materia fiscal, algunos procedimientos, esas tentativas serían cada vez más espaciadas y fugaces. La guerra ha creado una plutocracia insolente y recrudescido la vehemencia individualista; pero la mayoría de la nación entiende que unas cuantas buenas leyes bastarían para combatir y dominar ambos males. No sé... Pero aquí, la verdad, no huele a revolución...

ALBERTO INSUA

La vida en Madrid

ESPERANDO

Lo último que debe perderse es la esperanza. Quien la pierda, puede afirmarse que acabó su vida espiritual aun cuando siga viviendo fisiológicamente. Pero la esperanza tiene varias formas y se concentra en muy distintos aspectos. Así hemos hablado muchas veces de esta descuidada actuación de nuestras autoridades, que dejan se convierta en un aduar de andrajosos chicleos la bonita calle de Alcalá, con sus terrazas de los cafés y casinos bloqueadas por muchachos que tienen allí la academia de Monipodio, y que lo mismo abren la portezuela de un coche para obtener unas «peras» de prodiga mano, que se apoderan de un objeto de más o menos valor al revuelo de un descuido.

Perdemos la esperanza de que estos males se corrijan; pero esa esperanza renace al cambiar los gobernantes, confiando por algún tiempo en una actuación más eficaz.

Viene ahora al ministerio de la Gobernación un hombre de acción y de inteligencia privilegiada, algo escéptico, y sin embargo, vehemente, y de él esperamos que hará ver al director general de Seguridad que el cargo debe servir para algo más que para lucir una gentil figura y una levita de correcto corte.

También podemos esperar que con el proyecto presentado por la Comisión permanente de la Asociación Matritense de Caridad, sobre la inspección de asistencia pública, o por otro procedimiento que tienda a los mismos fines, encaminará su actuación el ministro de la Gobernación a terminar esa descuidada acción de policía, que no sabe limpiar las calles madrileñas de los profesionales de la mendicidad y la vagancia.

Esperemos, esperemos a conocer los actos del nuevo ministro, y si llega el momento en que perdamos la esperanza en el Sr. Bergamín, volveremos a tenerla en otro, en otro gobernante, hasta que también la perdamos. Pero esperemos siempre, y así viviremos.

UN PROVINCIANO

Las próximas elecciones en Alemania

Declaraciones de dos ministros

Nauen, 6.—El ministro nacional del Interior, Koch, habló en una reunión electoral del partido democrata alemán sobre los deberes del Gobierno nacional para con el país.

«Alemania—dijo—tiene que modificar su política y separarse del optimismo de antes de la guerra, lo mismo que del romanticismo de la revolución. Su preocupación fundamental debe ser fortalecer la actual forma de Estado y conservar las instituciones. Es indispensable un Gobierno de coalición. No tendría oportunidad un Ministerio obrero; pero sí hace falta la colaboración de las masas obreras. El nuevo Parlamento se verá frente a una serie de problemas difíciles. Es necesario constituir una poderosa mayoría, defensora de la Constitución, llena de responsabilidad política y dispuesta al sacrificio. Sólo la coalición es capaz de solucionar los problemas importantes de la nación, descentralizar la vida política y renovar el orden económico.»

En un sentido análogo habló el ministro de la Defensa Nacional, Gessler, en otra reunión electoral democrata. Afirmó que el nuevo Parlamento tendrá que dar estabilidad a la situación alemana. «Lo que hace falta es—afirmó—ampliar la Constitución nacional en el sentido de la descentralización, reorganizar la economía, reconquistar la confianza de los países extranjeros, lograr una inteligencia a toda costa entre patronos y trabajadores, entre las grandes ciudades y el campo, y entre la burguesía y el elemento obrero. Democracia significa sentimiento de responsabilidad frente a la totalidad. El nuevo ejército profesional de 100.000 hombres deberá abstenerse de toda política. El Cuerpo de oficiales no podrá ser ya una casta privilegiada. En otras palabras, la defensa nacional ha de ser una defensa popular.» (T. S. H.)

La salud de Lloyd George

Todavía tiene fiebre

Londres, 6.—El estado de salud de Lloyd George se restablece progresivamente; pero a causa de su alta temperatura no se le ha autorizado todavía para salir de sus habitaciones. (Agencia Radio.)

Visitad los grandes Almacenes de LA PUERTA DEL SOL

LOS MAS SURTIDOS DE MADRID LOS MAS BARATOS DEL MUNDO

Casa de confianza, donde se devuelve el dinero de todo lo que después de comprado haya dejado de gustar VEASE ALGUNOS PRECIOS

- Por 5,95 Faldas confeccionadas de lana. Por 11,50 Faldas de paño con flecos...

- Por 7,95 Mantas algodón para cama. Por 1,80 Mantas algodón, tamaño corriente...



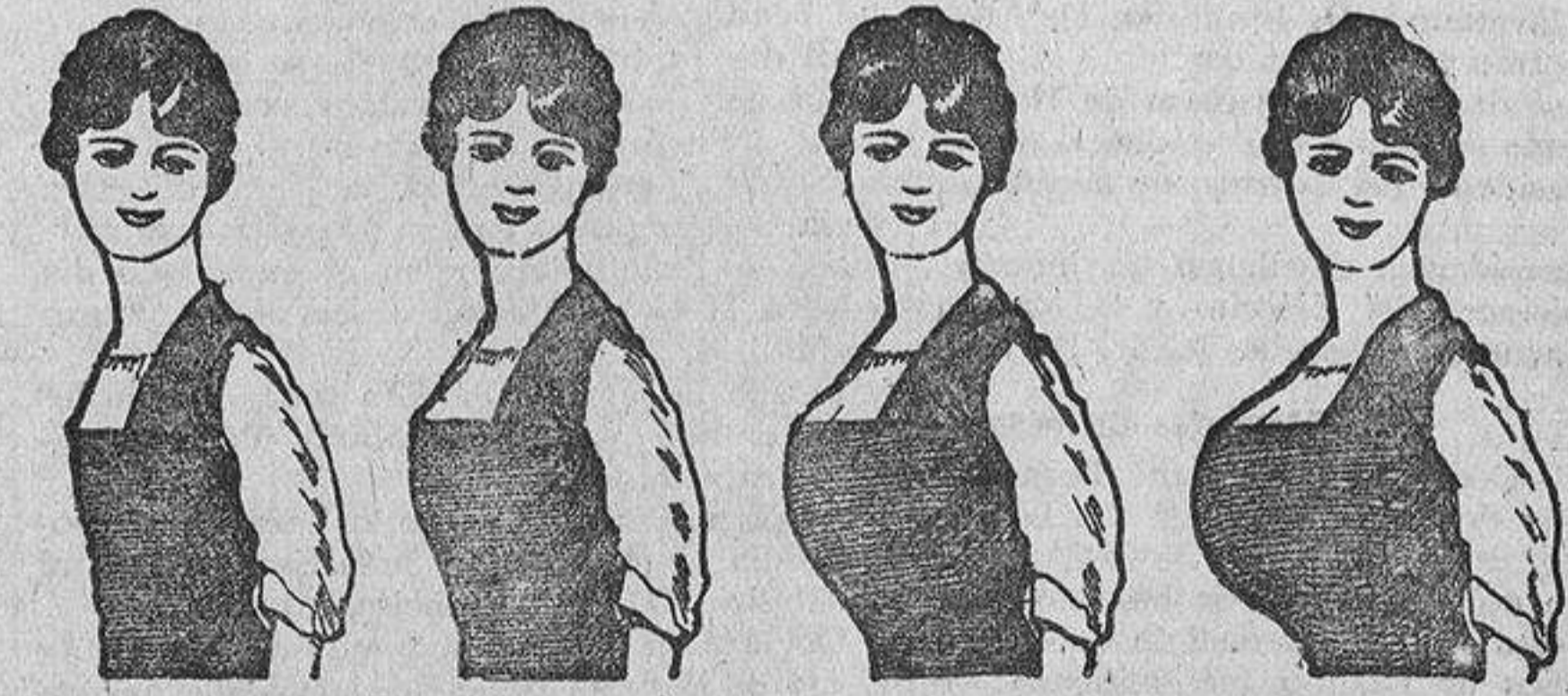
¡¡MERENDAMOS!! En el campo, en viaje. CESTAS con utensilios especiales...

COMO ME DESARROLLE EL BUSTO Y LO AUMENTE de 15 centímetros en 30 días

Después de haber probado píldoras, masajes, aparatos respiratorios y muchos métodos más anunciados y recomendados que no me dieron ni el más ínfimo resultado

Método sencillo y fácil; cualquier mujer puede emplearlo en casa, y en poco tiempo le proporcionará bellísimo busto

Mucho conozco la horrible y humillante situación de tener un pecho seco y llano, de tener una cara de mujer con un cuerpo de hombre...



Estos grabados enseñan la científica sección que en treinta días me transformé el pecho blando e irregular en pecho maravilloso y duro. Mande hoy mismo el adjunto cupón y observe cómo su propio pecho pasa por iguales transformaciones

admiradores tan pronto como he logrado la maravillosa y sorprendente gordura de mi pecho. Fue entonces cuando, conmovida de compasión por mis compañeras...

CUPON GRATIS NUM. 306 Para las lectoras de LA CORRESPONDENCIA. Con derecho a completísimos detalles sobre un extraordinario y maravilloso descubrimiento para fortalecer y desarrollarse el pecho.

Y millones de artículos más confeccionados y por confeccionar con la misma baratura Entrada libre. -- 15, PUERTA DEL SOL, 15. -- Precios fijos

NOTA.- Rogamos se fijen bien en los precios de los escaparates del portal de estos Almacenes y pidan-se los CUPONES DE LA LOTERIA al hacer los pagos. -- Envios a provincias.

PILULES et Sirop BLANCARD Los Productos de Blancard al Odoro de Hierro (PILDORAS y JARABE) Aprobados por la Academia de Medicina de Paris...

Las galletas OLIBET son las mejores. Epiteliomas, Cáncer, Lupus, Fístulas y similares. Se curan únicamente con EPITELIOL...

Quereis la salud?? FERRO-QUINA BISLERI. MILAN. CARA primavera de la sangre. Reconstruye y fortalece...

Tinta indeleble "ATTORNEY" La más famosa de las tintas conocidas En los Estados Unidos se consumen 10.000 galones mensualmente.

¡No preocuparse! DE CALLOS NI UÑAS GORDAS. La célebre ESCOFINA LOSADA, de 1,10 y 1,65, los destruye en el acto sin dolor...

MATERIAL FERROVIARIO. VINOS TINTOS MARCA MARQUES DE RISCAL ELCIEGO (Alava). PIDANSE EN TODOS LOS HOTELES Y RESTAURANTS.

CURACIÓN RADICAL Y RÁPIDA. SANTAL MIDY de los Flujos Recientes ó Persistentes.

SOCIEDAD ANÓNIMA DE ÓMNIBUS. AVISO. Participa al público que tiene establecido un servicio de transportes desde las estaciones de Atocha-Norte...

OFICINA TECNICA DE PUBLICIDAD. PRADO-TELLO PIAMONTE, 10, ENTRESUELO. DESEO socio capitalista que dispone de 80.000 pesetas para negocio que produce 24.000 anuales...

LA FORESTAL DE URCEL. Calle de Cortes, 684. Teléfono 1.210. DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: MIBERN, BARCELONA. FABRICA DE CARTULINAS Y CARTONAS FINOS EN MOLLERUSA (LERIDA)...

NEGOCIO. Cada 3.000 pesetas rentan 180 al mes, con absoluta garantía. Informes: Crédito Internacional, Preciados, 10, 2.º. De 4 a 8. Esta casa, fundada en 1804, no tiene sucursales.

LA PUBLICIDAD AGENCIA DE ANUNCIOS. León, 20, teléfono 1.055. Se reciben Anuncios, Esquelas, Reclamos, Noticias y toda clase de publicidad.

Las más lindas toilettes están en LA VILLA DE PARIS Tailleurs - Visitas - Soirée

LA MODA AL DIA

Para admirar elegancias :: HOTEL RITZ :: Comidas - Tés - Bailes

A LAS LECTORAS

TRAJES DE PRIMERA COMUNION

Con los vestidos de primera comunión sucede lo contrario que con nuestras «toilettes», o sea que no están sujetos a tan numerosos y variados cambios...

Gustan los vestidos ligeros, muy vaporosos, y esto depende de la elección de la muselina y de la ropa que lleve debajo. Empecemos por aquí. Si el día es fresco, conviene que la niña vaya bien abrigadita debajo de su vestido vaporoso...

Pasemos ahora al vestido. Como ya lo he dicho un poco más arriba, la calidad y finura de la muselina contribuyen mucho al éxito del vestido.

Las bandas son de seda flexible, raso, crepón de China, «moaré», y también de tafetán o muselina. Entonces, las puntas



El tafetán compartirá la boga con el «foulard», este modelo tiene un cuerpo largo, ligeramente drapeado en la cintura por medio de unos botones...



Una jovencita andará airosamente, segura de sí misma, si envuelve su figurita en un vestido de «foulard» estampado con cuerpo largo, drapeado y que se anude a un lado.



Un crepón de lana estampado en azul marino, puede llevar unos bieses de fina jerga azul marino, idea que puede aplicarse al arreglo de cualquier vestido algo «demodé».

se adornan con algún detalle del vestido: pliegues, bordaditos, plisés de tul, etc.

Las limosneras son de más fantasía que antes, y se adornan caprichosamente con guirnaldis rrocóc, bordados y adornos de cinta estrechita.

Las mamás que gustan vestir a sus niñas con vestidos de comunión a la francesa adoptan el gorrito, ligero y favorecedor, rodeado de rositas minúsculas, de «plissé» o de puntilla fina.

En España está permitida mayor fantasía en los trajes de comunión que en Francia; allí, los vestidos son todos largos, sin excepción, y adornados únicamente con profusión de pliegucitos o grandes loras.

Esa severidad nos parece muy bien en niñas mayorcitas. Esa es una ceremonia en la cual, así como en la de boda, debiera presidir una gran sencillez, desprovista de influencias frívolas de la moda.

Haced vuestros encargos a La Samaritaine PARIS

Después de mirar sus catálogos, y economizaréis el ciento por ciento

Escribid a La Samaritaine PARIS

Y os enviará sus catálogos

—La señora no me necesita? —No; podéis retiraros. La doncella salió. —¿Por qué esta prisa?—se preguntó Carmen ya sola—. El mismo Oliverio me había dicho ayer que tendría todo el día para terminar mis preparativos... ¿Qué significa esto? Se levantó un poco inquieta y vistióse rápidamente sin la ayuda de la doncella. Cuando terminaba su tocado llamaron a la puerta. —Entrad—dijo. Oliverio apareció en el dintel. —¡Ah! ¿Sois vos?—exclamó Carmen—. Llegáis a tiempo; precisamente iba a rogaros que vinierais a mi cuarto. —Soy dichoso con haber prevenido vuestros deseos. —Tengo que pedir explicaciones. —Y yo tengo que anunciaros una cosa. —Hablad primero. —No por cierto; vuestras preguntas primero; en seguida vendrán mis comunicaciones. —Sea. Pues bien, explicadme por qué habéis dado orden de que se lleven mis baúles por la mañana, a riesgo de interrumpir mi sueño, lo que, en efecto, ha sucedido. —Mi respuesta os dará a conocer, no sólo lo que deseáis saber, sino también lo que venía a anunciaros. He dado esta orden porque, por razones que conoceréis muy pronto, me ha parecido conveniente adelantarse la hora de nuestra marcha. En lugar de embarcarnos con la marea de la tarde, aprovecharemos la de la mañana. Ahora ya sabéis tanto como yo. Carmen se tambaleó bajo el rayo de esta noticia y se vió obligada a apoyarse en un mueble para no caerse.

XVII

«Si bebes en mi vaso, sabras mi pensamiento.» (Proverbio antiguo.)

Oliverio fingió no notar la visible emoción de su mujer. —Después de todo, mi querida Nuncia-

ta—replicó—, debe importaros muy poco partir algunas horas antes o algunas horas más tarde. No tenéis que despediros de nadie, que yo sepa, y no dejáis aquí ninguna persona a quien deseéis volver a ver de nuevo... Dentro de un momento, vuestros baúles estarán a bordo; dentro de una hora, almorzaremos. Un carruaje nos esperará a la puerta para llevarnos al Havre y nos embarcaremos con un viento favorable y la ayuda de Dios... —Oliverio—murmuró la joven con voz temblorosa y casi desconocida—, cuando ayer me habéis hablado de este largo viaje que me aterraba, he cedido sin resistencia. —Sin resistencia, es quizás demasiado decir; pero en fin, habéis cedido... —Pues bien, si os suplicara hoy que me concedierais una gracia, ¿me la negaríais? —Según y cómo. Yo no puedo comprometerme sin saber lo que de mí deseáis. —Una cosa muy sencilla. —En fin, ¿cuál es? —Os suplico que volváis sobre vuestro primer proyecto y que no nos marchemos hasta la tarde. —Os lo niego con pena; pero lo que pedís es imposible. —¿Cómo lo que ayer era posible, hoy es imposible? —Ponto lo sabréis. —¿Por qué no ahora mismo? —Porque el momento de daros a conocer los motivos de mi conducta no me parece aún llegado. —¿Ha pasado, pues, desde ayer alguna cosa que yo ignoro? —¿Para qué me hacéis esas preguntas, a las que no puedo ni quiero contestar? Carmen frunció las cejas y cambió de tono. —Así, pues—preguntó—, ¿estáis decidido? ¿Os negáis a mi súplica? —Debo negarme. —¿Persistís en vuestra resolución de adelantar la hora de nuestra partida? —Persisto. —Está bien. Estaré a vuestras órdenes. Oliverio sonrió. —No esperaba menos de vos, mi querida Nunciata—dijo—. Estaba seguro de

—Defendéis a vuestra amante—respondió inclinándose—; nada es más natural y obráis como un caballero. Pero, ¿para qué?... Os repito que lo sé todo y que os será imposible destruir mis convicciones... —Sin embargo, os juro... Oliverio interrumpió a Jorge. —Tened cuidado, señor marqués—le dijo—; tened cuidado. ¿Vais a hacer un juramento falso! Una mujer no se escapa de la casa conyugal en medio de la noche para ir al encuentro de un hombre cuando este hombre no es su amante... Pues bien, mi mujer estaba aquí hace poco y aún no han pasado cinco minutos desde el momento en que se ha separado de vos... Y esto no es todo; estoy lleno de pruebas. He aquí una, entré otras, que me parece indiscutible: madame le Vaillant debe fugarse de mi casa hoy, a las cuatro, y en vez de embarcarse conmigo para la Habana, partir con vos a París... ¿Estoy enterado, señor marqués? A esto no había nada que responder. Jorge bajó la cabeza y no contestó. Oliverio parecía gozar con la turbación de su interlocutor y no se apresuraba a tomar de nuevo la palabra. Para terminar este silencio, que a la verdad le ponía en tortura, Jorge preguntó: —En fin, señor, ¿qué queréis de mí? —Voy a deciros, señor marqués. —Hablad, os escucho... —Sabéis como yo, caballero, que la ley no se ocupa en ningún modo de las galanterías y que me daba el derecho, poco ha, de echar abajo de un espaldarazo la puerta de esta casa y meteros con vuestra misma cómplice sin daros tiempo para ponerlos en defensa... Jorge hizo una señal afirmativa. Oliverio continuó: —Yo no apruebo ese modo de obrar. La mancha hecha al honor del marido se lava mal, según mi opinión, con una doble muerte que no se diferencia mucho de un asesinato... Por otra parte, esas violencias sangrientas, esas venganzas casi feroces, no me parecen justificadas mas que por el furor del amor engañado y de los celos sobreexcitados hasta la locura. Aho-

ra bien yo no experimento amor hacia la que lleva mi nombre y sus traiciones me inspiran el desprecio y no los celos. M. de Grancey escuchaba a Oliverio sin adivinar adónde debía conducirse este largo preámbulo. El marido de Carmen continuó: —Amo las situaciones francas, señor marqués, y la mía es difícil. Un reconocimiento profundo, eterno, hacia el padre de Nunciata Rovero; un juramento pronunciado sobre una tumba, mi respeto a las voluntades de un muerto, no me permitirán nunca separarme de mi mujer... Sin embargo, soy un hombre de honor para poder soportar que a mi vista tenga un amante, y como tiene uno y como este amante sois vos, cumplo con mi deber pidiéndos una reparación. Si me matáis, bien muerto estaré, y los asuntos de mi viuda aquí abajo no me interesarán... Si, por el contrario, os mato, naturalmente no llevaréis a París a madame le Vaillant, que se verá obligada a acompañarme a la Habana, donde espero se consolara de vuestra muerte... He aquí lo que tenía que deciros, señor marqués; y ahora, ya sabéis el objeto de mi visita... —Estoy a vuestras órdenes, caballero; es muy justo—replicó Jorge. —Y os lo agradezco infinito—dijo Oliverio con un saludo de cortesía. —Vos sois quien debe arreglar las condiciones de nuestro encuentro...—continuó el marqués. —¡Oh! Nada más sencillo. Nos batiremos a espada y hasta la muerte de uno de los dos. —Muy bien. ¿El sitio del combate? —En el interior de esta casa. —¿Y la hora? —Ahora mismo. El marqués hizo un gesto de sorpresa. —¡Pero no pensáis en ello!—exclamó. —Pienso, por el contrario, hacer varios días. ¿Veis algunas dificultades en satisfacerme? —Sí, señor, y muy serias. —Me atreveré a rogaros que me las demostréis. —Primamente, la poca extensión de la habitación

